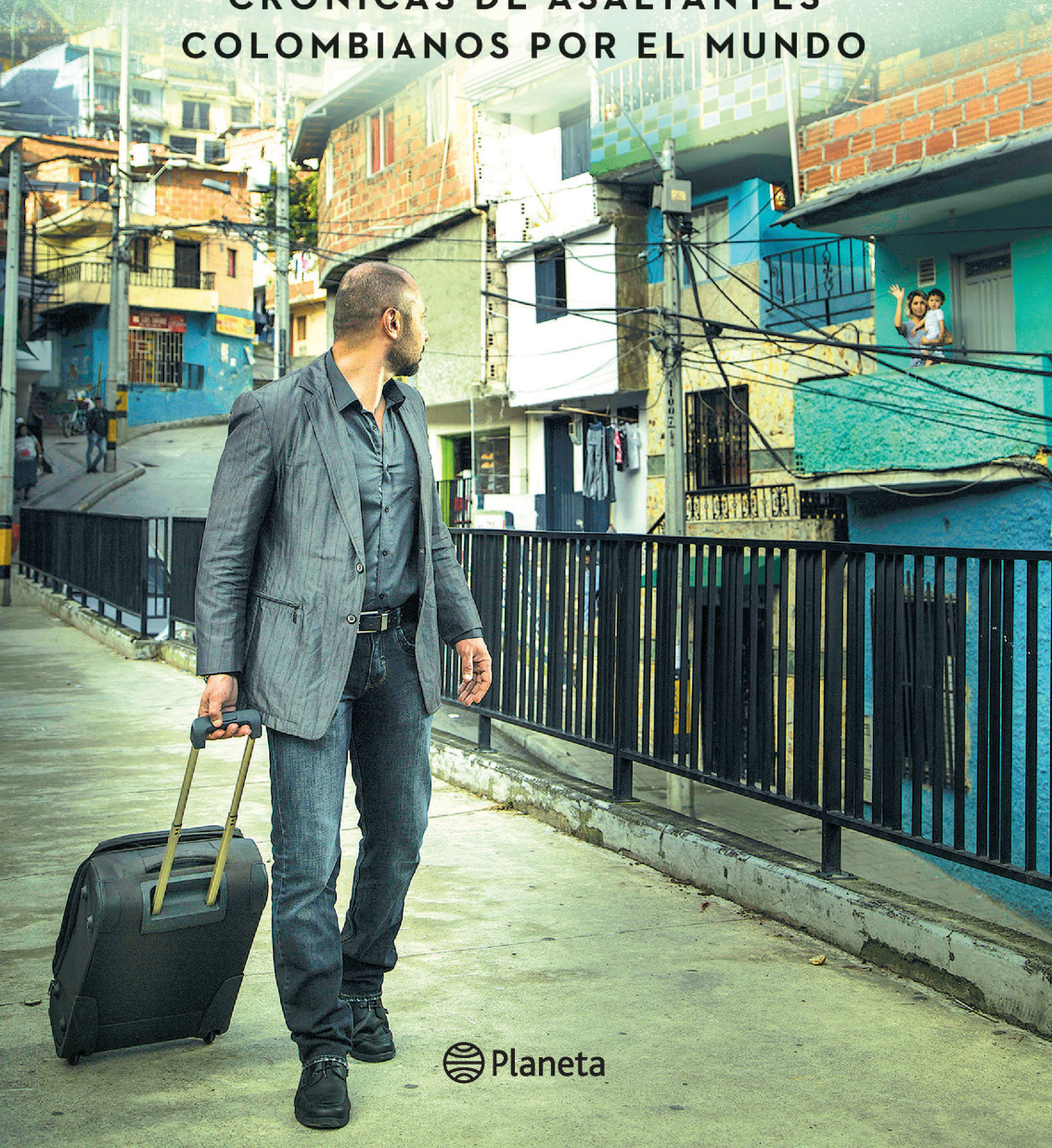


NAHUEL GALLOTTA

CONEXIÓN BOGOTÁ

CRÓNICAS DE ASALTANTES
COLOMBIANOS POR EL MUNDO



NAHUEL GALLOTTA

CONEXIÓN BOGOTÁ

 Planeta

1.

«La plata está en Buenos Aires»

*Tirando tiros al aire en un hotel de Buenos Aires.
Un barrio de Bogotá, lugar de origen de Los Internacionales.
El día que conocí a Fausto.*

Pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum.

El *man* bajó la pistola nueve milímetros, se dio vuelta y preguntó:

—¿Cuánto?

—Siete segundos, nueve décimas —respondió el que se encargaba de tomar el tiempo, sin sacar sus ojos del cronómetro del iPhone.

Entregó el arma y aclaró, mientras bebía un sorbo de whisky sin hielo, que si lo hubieran dejado disparar con las dos manos, seguro tardaba menos, y se sentó junto al resto. El próximo ya estaba preparado para escuchar la orden y gatillar.

Pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum, pum.

La pileta comenzaba a llenarse de vainas.

Era un viernes por la noche de 2009 en un hotel del centro de Buenos Aires. En el salón de usos múltiples, algunos de los cincuenta colombianos que vivían en el lugar competían por ver quién vaciaba el cargador de una pistola 9 milímetros en el menor tiempo posible. El que perdía, más tarde debería pagar las putas.

Una de las bandas que paraba en el hotel, formada por doce personas, acababa de llegar de Rosario en tres autos alquilados. En tres días de trabajo habían hecho unos 50 mil dólares para cada uno. En una de las casas en las que habían entrado a robar, además de joyas y efectivo, encontraron una valija con armas de todo tipo (cortas, largas y de guerra) y otra en la que solo había municiones. Municiones que ahora atravesaban el aire del hotel de Buenos Aires, a pocas cuadras del Departamento Central de la Policía Federal Argentina.

La excusa para reunirse era el cumpleaños de uno de ellos, pero todos querían celebrar lo bien que les estaba yendo en la Argentina. Por esos días, hasta habían robado joyas enviadas desde el Vaticano para una convención de joyeros. Ese era el verdadero festejo: haber encontrado una plaza en la que se ingresaba sin visa; donde se hablaba el mismo idioma; que estaba a solo seis horas de Bogotá, y donde la Policía era muy permeable, ya que, en caso de ser detenidos, se podía acordar la libertad a cambio de dinero. Pero lo más importante estaba en las casas y departamentos de la ciudad, el Gran Buenos Aires y los pueblos limítrofes: allí encontraban dólares y joyas como en pocos destinos del mundo. Los rumores ya habían llegado a los barrios bajos de Bogotá y a las distintas ciudades en las que había ladrones colombianos: «La plata está en Buenos Aires», «en la Argentina cualquier gil sale de una financiera con plata», «los argentinos no confían en los bancos y guardan sus ahorros debajo del colchón».

El panorama que pintaban los primeros que se instalaron hacía que cada vez vinieran más. El comentario sonó en Europa, Asia y Estados Unidos: buena parte de la famosa *Vieja Guardia*, esa cúpula con décadas de experiencia en robos internacionales, tenía un nuevo destino.

La plaza había sido descubierta por casualidad: los primeros ladrones colombianos llegaron a Buenos Aires para retirar una documentación falsa que les permitiría ingresar a Malasia, Japón y Hong Kong como ciudadanos venezolanos, mexicanos o ecuator-

rianos. En esos tres o cuatros días de escala en la ciudad salieron a robar para los viáticos que necesitarían en Asia.

Los primeros robos fueron en los aeropuertos de Ezeiza y Aeroparque. Levantaban valijas sin que los pasajeros lo notaran o seguían a alguna víctima y la asaltaban en la autopista bajo la modalidad de pincharruedas, nunca antes vista en el país. Otros ingresaban a la recepción de los hoteles más caros y sin que nadie se enterara se retiraban con equipaje de los turistas. Después del mediodía optaban por robar ruedas o señalar a víctimas que salían de financieras. Se movían en autos legales, alquilados. A la noche llegaba la hora de los *puerteros*, esos hombres con cursos de cerrajería en su haber, para abrir puertas de todo el mundo. Esos botines los fueron enamorando: la Argentina era algo más que la simple escala para ir robar a Asia, y los que preferían partir desde Brasil comenzaban a cambiar de ruta. En la Argentina, en tres o cuatro días, se podía hacer lo del auto, lo del hotel, lo de las primeras comidas y todos los gastos que se debían cubrir ni bien se llegara a Asia.

Las escalas estipuladas en el mundo eran muchas: a Italia se llegaba desde Venezuela. Por Marruecos ingresaban a España. El sueño americano de robar en Estados Unidos comenzaba en México. Pero ninguna había dejado tanto dinero como la Argentina. Además, no había riesgos: era casi imposible perder el vuelo a Asia. La ley local permitía dejar en libertad a las 24 horas a todo ladrón que actuara sin armas. Así, con esos rumores, con esos botines que no dejaban de sorprenderlos y gracias a una legislación flexible que les permitía moverse con cierta impunidad, las escalas comenzaron a hacerse más extensas: se pasaban entre quince y veinte días en Buenos Aires. Y ya había ladrones que venían a la capital argentina para radicarse, desistiendo de viajar a otro continente.

Mientras en el último piso, al lado de la piscina, disparaban, en la mini discoteca que tenía el hotel sonaban salsas viejas y románticas. Los *parceros* bailaban con sus *parceras* y el ex integrante de una fuerza de seguridad que regenteaba el lugar subía con los pedidos de cerveza, ron y whisky. Ese viernes había cargado las he-

laderas como nunca antes. La llegada de los extranjeros había modificado los hábitos del hotel. No se dormía de noche y su bar trabajaba como los boliches de moda.

Sobre las mesas había platos con cocaína y marihuana para que todo el mundo consumiera lo que quisiera, y las invitadas llegaban sin invitación. Eran prostitutas de los cabarets más caros de la ciudad. Regresaban solas después de haber conocido el hotel llevadas por sus huéspedes. Allí, además de cobrar en dólares y tomar cocaína de una pureza que nunca habían probado, les regalaban carteras, relojes, ropa, cámaras de fotos, perfumes y todo lo que los ladrones encontraban en las casas. Sabían que en cualquiera de los cinco pisos del hotel podían encontrarse con clientes que solo en propinas le dejaban más de lo que ganaban en una noche de cabaret. Y que a cualquier hora, cualquier día de la semana, alguna banda podía estar de festejo. También estaban las «amigas» argentinas, que los delincuentes conocían de bares de los barrios de Once, San Cristóbal, San Telmo y Congreso. Allí entraban, trataban con los encargados y les ofrecían una suma fija en dólares para consumos a cambio de cerrarlo para ellos. No podía ingresar nadie que no perteneciera a la comunidad, por más buen cliente o habitué del lugar que fuera.

Cada vez que llegaban los colombianos, los hombres de seguridad debían echar a todos menos a las argentinas más bonitas que se encontraban en el lugar. Ellas pasarían a formar parte de una película hecha realidad: ladrones de otras tierras le daban órdenes al DJ sobre la música que debía pasar mientras consumían largas rayas de cocaína peinadas en la barra, bebían whisky de ediciones limitadas y dejaban soberbias propinas en dólares. Las armas que llevaban se guardaban debajo del mostrador.

Esa noche de fines de 2009, la comida estaba a cargo de una mujer que había montado un restaurante en el primer piso: la Señora. Todo lo cobraba veinte pesos: el desayuno, el almuerzo, la cena. El menú incluía comidas típicas de Colombia. Las bandas la llamaban cuando terminaban de robar y le encargaban platos para que estuvieran listos a la hora de regreso.

La Señora había llegado a la Argentina para estar cerca de su hijo, que había quedado en silla de ruedas después de ser baleado por un argentino que luego fue asesinado. Y le había propuesto al dueño del hotel cocinar en su pieza a pedido para poder pagarle el alquiler. Era muy querida por todos. Algunos hasta le dejaban sus ahorros antes de salir de fiesta. Le confesaban que si los llevaban encima se los gastarían en más droga, más alcohol y más mujeres. Ella los guardaba en una caja fuerte que tenía en su habitación. Cuando pasaban a retirar el dinero, le dejaban una propina o algún regalito de lo que acababan de robar. Con las empleadas de limpieza ocurría algo parecido. Si los ladrones estaban *ganados* y las cruzaban en los pasillos del hotel, las llamaban para hacerles obsequios o regalarles dinero. Lo hacían convencidos de que esa gente, como la cocinera y las empleadas domésticas o personas en situación de calle con las que también eran solidarios, pasarían a rezar por ellos y a desearles buenas energías para sus próximos robos. Era y es una costumbre repetida en todo el mundo, y en el rubro de la delincuencia internacional colombiana es llamada *la liga*.

Ese viernes en que sonaron disparos como si fuera Navidad o Año Nuevo, debió haber sido la única noche del año en que ninguno salió a robar. Ni los de las bandas que ingresaban a los departamentos, ni las mujeres que podían llegar a levantar hasta 90 teléfonos celulares en una recorrida por las discotecas porteñas. También se había quedado el ladrón solitario que robaba iPhones en bares y restaurantes y que luego vendía por seis mil pesos.

En la mañana del sábado, en el hotel quedaba la mitad de los delincuentes. Los que estaban con sus parejas se habían ido. Otros se encerraban en sus habitaciones con prostitutas. En el primer piso, los que todavía seguían consumiendo tragos y cocaína, hablaban de cuáles serían las próximas convenciones de joyeros en el mundo, de cómo podrían viajar a robar en el Mundial de Sudáfrica 2010, de los próximos eventos a los que irían por celulares y billeteras —como los conciertos de AC/DC en River, la Creamfields y el Rally París-Dakar—, y de destinos dentro y fuera de la Argen-

tina: se venía el verano y viajarían a trabajar a Mar del Plata, Punta del Este y Río de Janeiro.

Como las balas no se habían acabado, cada tanto salían al balcón o al SUM y disparaban. Desde esa noche y hasta la mañana siguiente, el ladrón que era fotógrafo profesional y robaba para hacer fotos en las grandes ciudades del mundo, los retrató con armas, mujeres y drogas. Otro asaltante tatuaba rosarios en cuellos y tobillos de sus compañeros. Se sentían impunes en ese hotel. Así como los narcotraficantes colombianos vivían y pasaban desapercibidos en Nordelta y barrios privados del norte del conurbano, los ladrones internacionales andaban por las calles de Congreso, Balvanera, Monserrat, San Telmo, Once o San Cristóbal, como si fuesen simples turistas.

Pero el dueño del lugar cortó el clima de fiesta y subió al SUM con la noticia.

—Abajo está la Brigada. Quieren subir y no sé qué decirles. Vinieron por las llamadas de vecinos.

Algunos de los presentes casi no podían hablar de la cocaína que habían aspirado. Los corazones comenzaron a latir más rápido. Entonces uno tomó la voz de mando:

—Pregúntele cuánto quieren para irse.

El hotelero bajó y habló con los hombres de civil que alegaban ser policías mientras los demás corrían a sus habitaciones para guardar las armas en las cajas de seguridad.

Al rato llegó la respuesta. El precio fue muy alto, y en dólares, porque «cuando uno está *ganado* no tiene problemas en pagarle a los policías para que no molesten». Y en esos días, todos venían robando mucho. Cada uno puso su parte. El total superó los diez mil dólares.

El hotelero bajó, y al rato volvió con otra respuesta: «Todo bien, la fiesta puede seguir». El cumpleaños salió al balcón interno y volvió a vaciar un cargador.

Alojarse en el hotel costaba unos cinco mil pesos por mes: el lugar tenía un gimnasio bien equipado, pileta y juegos de sala, como el

pool en el que también se apostaban miles de dólares o pagos de prostitutas para toda la banda. Además vivían ladrones peruanos y chilenos, pero eran los menos.

—Los sábados, el hotel era como la feria del pueblo: todo el mundo venía a vendernos cosas —dijo Fausto, cuatro años después, en el patio de visitas de una prisión del conurbano bonaerense. Él fue uno de los primeros colombianos que se instaló en ese hotel y vivió aquellas noches soñadas.

El hotel era un desfile de proveedores, vendedores, reducidos y empresarios que más tarde revenderían como legal lo ilegítimo. Las peluqueras dominicanas llegaban para hacerles las uñas, alisados y todo lo que pidieran las mujeres colombianas, tanto ladronas como esposas de ladrones. Las mecheras chilenas ofrecían ropa robada en las mejores tiendas de la ciudad al 30 por ciento del precio que decían las etiquetas. De la cocaína se encargaban dos peruanas, que ofrecían bolsas de medio gramo a doce dólares; de la marihuana, un argentino que cobraba quince dólares por veinticinco gramos. Otros que llegaban para hacer negocio eran dos joyeros que tenían sus comercios sobre la calle Libertad. Iban con la balanza y efectivo. Los peruanos a cargo de locales de compra y venta de celulares en las galerías de Once se acercaban para comprar los productos electrónicos robados. Les interesaban mucho los equipos de fotografía profesionales, que luego enviaban a los Estados Unidos. También les daban trabajo a las mujeres que cuidaban a los niños del hotel, cuando los padres salían a robar y no tenían con quién dejarlos. Hasta se llegaron a ver maestras particulares.

Pero el más beneficiado era el dueño del hotel. Los colombianos habían llegado de casualidad, entusiasmados porque no les pedía documentos ni los registraba con sus nombres. Apenas comenzaron a pedirle bebidas, cambió la pequeña heladera a una de esas provistas por las distribuidoras de bebidas alcohólicas. Los plasmas instalados en las habitaciones eran de los inquilinos colombianos, que se los habían dado a cuenta del alquiler. Armó, también, una sala de espera con cuatro computadoras —robadas— para que to-

dos pudieran comunicarse por skype con sus familias. Tal era el negocio del hotelero que comenzó a buscar a sus viejos contactos de la Policía Federal. Así, cuando le pasaban el dato, les avisaba a los colombianos sobre posibles allanamientos y les guardaba sus armas en lugares que solo él conocía.

—En ningún lugar del mundo vi algo igual a lo que fue ese festejo —recordó Fausto durante otra visita en otra cárcel—. En Europa, Asia y Norteamérica, uno no puede andar a los tiros en los hoteles. En esas plazas no se sale del hotel para otra cosa que para robar. El ladrón colombiano solo vive con algo de libertad en algunos países de Latinoamérica. Todos los internacionales sabemos que no viviremos otras noches como las de ese hotel en el centro de Buenos Aires. Ese modo de vida y los botines enamoraron y enfermaron a todos mis paisanos.

A la noche de ese sábado, la brigada volvió a pasar por el hotel. El hotelero volvió a subir y los colombianos tuvieron que volver a meter las manos en sus bolsillos. Los policías se volvieron a ir. Pero la rumba siguió. Dicen que duró hasta el miércoles.

Que estuvieran en la Argentina, según parecía, comenzaba a ser negocio para varios.

* * *

Soy nacido en Bogotá, antropólogo y docente de historia. Antes de todo eso fui un pelaíto del barrio Las Cruces, al que llegué en 1984, cuando tenía ocho años. Vivía sobre la calle central, aunque me la pasaba de la casa a la escuela y de la escuela a la casa. Como Las Cruces era un lugar caliente, mi mamá no me dejaba salir a la calle, y fui testigo de la historia del barrio desde la ventana de mi habitación. Veía a pandillas peleando y a manes escapándose en moto de la Policía. Y vi, por primera vez en mi vida, a un pelaíto disparar un arma. La restricción de mi mamá a salir hizo que tuviera una fascinación por observar lo que pasaba afuera. Mi mundo era ese edificio: sus historias fueron las historias de mi niñez. Era un edificio de contrastes: en el apartamento «A» del primer piso vivían unos camioneros. Y en el «B», tenía un amiguito que andaba todo

el día solo porque las tías de la casa eran prostitutas que trabajaban de noche y dormían de día. En el segundo piso había tres apartamentos: en uno de ellos, vivía una señora con sus loros que se hacía la muy creída por tener dos hijos estudiando en Europa. En el medio, otro camionero. Y en el «C», un consultorio médico. Mi familia estaba en el tercer piso. Lo compartíamos con una señora que tenía un puesto de verduras en la plaza del barrio y con una mujer que vivía con sus hijos, sin trabajar. En el cuarto dormía el administrador y el último apartamento era de prostitutas.

Cuando el barrio se puso más peligroso, la señora del consultorio médico se mudó y ese apartamento fue arrendado por la hermana de la chica que vivía en el tercero y no trabajaba. La nueva vecina era una vieja ordinaria, pero tiraba a vestirse bien. Se pintaba el pelo, usaba joyas, tenía cadenas de oro y andaba entaconada. Se la pasaba pidiendo fiado en la tienda de al lado, pero de repente ¡pum!: aparecía con las lucas y pagaba todo. Llegaba con juguetes que nunca habíamos visto y compraba pollo para varios días. Para ella y para su hermana. No podía ser prostituta; yo recuerdo haber escuchado que trabajaba como cajera de supermercado o algo así. Algo no nos cerraba: era la única del edificio que tenía un televisor re grande y a color. Yo conocí su casa porque sus hijos me invitaban a mirar el Chavo del 8. Tenían aviones a pilas, carros a control remoto y esas mierdas que nunca me prestaban para jugar.

Después me enteré, con el tiempo, porque ella se hizo amiga de mi mamá, que el esposo de la vieja estaba en Frankfurt, Alemania, y le enviaba dinero. A ella y a su hermana, porque el cuñado de su mujer lo había acompañado y había terminado preso. Decían que el man era un internacional. Yo no entendía qué significaba eso. Creía que se iban a camellear a otros países porque pagaban mejores sueldos que en Bogotá. Esa fue la primera vez que escuché hablar de los internacionales.

* * *

La leyenda dice que a finales de la década del '50, los ladrones de los barrios del centro de Bogotá se tomaban libres los domingos para jugar al fútbol en una de las canchas de la zona. Eran de Las

Cruces, Las Brisas y el Girardot. Luego de los partidos bebían cervezas, escuchaban tangos y boleros argentinos y fumaban marihuana mientras comentaban los robos de la semana.

Robaban de lunes a sábados, en horario pico. *Bataneaban* relojes a los pasajeros de los buses, siempre en forma violenta. Antes de salir tomaban unas cervezas mezcladas con antidepresivos. Eso les daba más coraje, los ponía violentos. Recién ahí bajaban de sus barrios al centro. Tendrían un promedio de 20 años. Si los paraba la Policía, entregaban uno de los relojes que llevaban en sus brazos y podían seguir robando.

Un domingo no hubo fútbol.

—¡Los *rayas* lo están buscando a usted! Váyase del barrio —le advirtieron en la canchita a un *man* ya cambiado para jugar.

«Los rayas» eran el «F2», el grupo de la Policía Nacional señalado por hacer tareas de *limpieza*. Solían andar en camionetas Ford. Las denuncias decían que subían a los muchachos y los desaparecían. O que pasaban en un auto disparando sus armas hacia donde paraban los ladroncitos. Por eso se les temía tanto. Hacía pocos días que ese *man*, oriundo de Las Brisas, había asesinado a otro a puñaladas por haberle insultado a la madre, lo peor que se le puede hacer a uno en ciertos barrios de Bogotá.

Cuando regresó a la casa, sus familiares estaban enterados y también le aconsejaron desaparecer por un tiempo; la sugerencia fue viajar a esconderse a Nueva York por unos meses.

A la semana siguiente ya andaba por los Estados Unidos como un turista más. Una tarde cualquiera, caminando por la zona de joyerías de la Quinta Avenida —nadie recuerda el día, nadie recuerda la hora—, vio una maleta que le gustó. El *man* no estaba allí con el propósito de robar. Pero la quería para él, por puro vicio, por pura manía, para guardar sus cosas en su regreso a Bogotá. Y la quitó de *escapista*, sin que el joyero lo notara. Cuando volvió al hotel, la abrió para ver cuántas cosas cabrían adentro. En esa valija —dicen los más grandes, los que aún viven, los que escucharon la historia y se encargaron de difundirla haciéndola leyenda—, había miles y miles de dólares.

Al día siguiente el *man* se comunicó con sus compañeros de Bogotá.

—¿Cómo está todo por allá, *ñero*? —preguntó.

—Aquí, pobre como siempre, con dos hijos y todo menos dinero.

—Pues vénganse para aquí, que está la plata. Yo les envío el dinero para que compren los pasajes y después me lo devuelven, con lo de los primeros trabajos.

Así, de casualidad, o como si el destino estuviera marcado, los jóvenes que robaban relojes en el centro de Bogotá pasaron a asaltar a joyeros judíos que caminaban por la Quinta Avenida buscando comprar o vender piedras preciosas. Con esa banda instalada en Nueva York, los ladrones «nacionales» comenzaron a escuchar las historias de los ladrones «internacionales», y la delincuencia colombiana soñó con continuar su carrera en el exterior. Entre sus metas, viajar pasó a ser la prioridad. Por eso robaban más que antes: para poder sacar el pasaje. Cada vez que los internacionales regresaban al barrio con sus cadenas de oro, pilas de ropa de moda y dólares para comprarse una casa en una zona más distinguida, el resto de los ladrones se convencía: ¿para qué seguir haciendo lo mismo en Bogotá si en otro rincón del mundo rinde mucho más?

Por primera vez, robar valía la pena: cambiaba vidas y permitía acceder a lujos. Y los ejemplos sobaban. Estaban a la vuelta de la esquina.

Querían viajar como lo deseaba cualquier persona: como los futbolistas que añoran firmar un contrato en Europa, como los estudiantes que prefieren una universidad en el extranjero para sumar reputación y currículum, como los que aprenden idiomas buscando un trabajo fuera de Colombia que pague en dólares. O como los periodistas que aspiran publicar sus textos en medios del exterior. En los proyectos de los internacionales no había nada de distinto a lo que sueña cualquier ciudadano común.

Con el paso de las décadas, el colombiano medio tuvo en el anhelo de viajar al exterior un punto en común con esa cultura delincencial. Según una encuesta de 2007 presentada por la en-

tonces senadora Alexandra Moreno Piraquive, el 58,5% de los colombianos viviría fuera de su país si le fuera posible. Solo un 27% respondió que, si pudiera elegir, no lo haría. En ese 2007, las estadísticas oficiales decían que había 3.331.000 colombianos radicados en el exterior, cifra que representaba un 8% de la población total. Para Piraquive, ese número era mucho mayor.

Con el rumor dando vueltas en los barrios bajos de Bogotá de que los jóvenes desaparecidos eran ejecutados, a los *escapistas* se les sumaron los *lanzas*: hombres y mujeres que subían a los buses o el metro a robar billeteras. También podían hacerlo en cualquier evento, como un recital de los Rolling Stones o una carrera de Fórmula 1. Y al tiempo se agregaron los *apartamenteros*, que con un destornillador largo (al que ellos denominan *taco*) pueden abrir la puerta de cualquier casa. Pero ellos optaron por Europa, porque en los Estados Unidos el ciudadano común guardaba sus ahorros en los bancos. Sus primeros destinos fueron Dinamarca, Suecia y Suiza. Solo viajaban a los Estados Unidos por encargo. Todas estas modalidades también desembarcaron en la Argentina. Los primeros especialistas se hicieron ver en 2009. El pico de la actividad delictiva estuvo entre 2011 y 2013. A mediados de 2020, los pocos que quedan se dedican a seguir clientes de bancos, financieras y cuevas del microcentro para romperles el vidrio del auto con un punzón y robarles el maletín o la mochila en la que creen que están los dólares que retiraron.

La primera detención de colombianos en el exterior ocurrió en 1960. En Miami. «Se trató de la primera banda especializada en robar casas en el exterior identificada por autoridades policiales; los tipos llegaban, hacían su trabajo y se regresaban a Colombia», dice el historiador colombiano Eduardo Sáenz Rovner, que guarda el recorte del periódico que informó la noticia.

Sesenta años después, la cúpula de los internacionales se encuentra en Bélgica, Rusia y Londres. Pero hoy, también, hay colombianos que eligen Asia por los diamantes. Los internacionales roban en los cinco continentes, se hacen millonarios en los cinco continentes y están presos en los cinco continentes. Según datos

del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, hasta fines de 2013 había 13.408 colombianos presos en el mundo. De ellos, el 38,45 % (5.156) estaba detenido por delitos no vinculados con el narcotráfico, como el robo. En Venezuela hay 1.353; en los Estados Unidos, 1.198; en España, 1.131; en Ecuador, 714; en México, 398; en Panamá, 387; en Costa Rica, 180; en la Argentina, 152; en Japón, 109; en Francia, 104; en Italia, 89; en Perú, 82; en Bolivia, 73; en Brasil, 53; en India, 27; en China, 20; en Indonesia, 10, y en Malasia, 7. Hay también internacionales presos dispersos en cárceles de Turquía, Polonia, Tailandia, Suiza, Suecia, Corea del Sur, Líbano, Nicaragua, Dinamarca, Canadá, Israel, Guatemala, Austria y Australia. Aunque nunca se sabrá el número exacto: como son muchos los países que le exigen visa a los colombianos, y cuando se presentan en los aeropuertos la mala fama hace que las preguntas sean más exhaustivas, algunos optan por ingresar con un pasaporte falso, de otra nacionalidad. Si son detenidos, sus estadísticas se suman a las del país del pasaporte apócrifo.

Los números de 2018 dicen que había 2937 colombianos detenidos en el exterior por robos y hurtos.

Pero como todo tiene que ver con los orígenes, con los comienzos, los domingos se sigue jugando al fútbol en los barrios bajos de Bogotá, mientras se habla de robos por el mundo. Se sigue, también, fumando marihuana y bebiendo cervezas con pastillas en el tercer tiempo. Pero en lugar de tangos y boleros suena salsa, rap o reggaetón. Y cualquiera que pase por allí notará en la ropa de los jugadores de dónde acaban de llegar los ladrones. Los que están de regreso de México, usan la camiseta verde del seleccionado nacional, o la indumentaria de América o Cruz Azul. Los de España, traen las originales de Real Madrid y Barcelona. Últimamente, hasta se vio ropa de la Selección de Japón. Todos bajan del auto con bolsos y conjuntos deportivos comprados en su último destino de robos. Porque todos quieren demostrar de dónde vienen, que el barrio que los vio crecer con carencias se entere que el pasado es un pasado bien lejano, y que no hay fronteras que los detengan si el fin es cambiar su nivel de vida.

La vida me cambió en el bachillerato público, cuando empecé a salir a la calle. Eso hizo que se me abrieran los ojos, pues yo vivía en el barrio pero no conocía mucho de él. Y mis historias, y mi universo, pasaron a ser las historias de tres hermanos que se hacían llamar «Los Pinchos». Eran internacionales, y las historias de los internacionales pasaron a ser el pan de cada día en el barrio. Ellos eran los que habían invitado a viajar a Alemania a los maridos de mis vecinas. Se decía que ya habían viajado varias veces, y que tenían mucha plata. Alemania era como un destino preferencial. Se llevaron a varios. Yo conocí a un chino que vivía sobre la calle Segunda. Era común y corriente: un trabajador con el bachillerato completo. Una vez desapareció y después nos enteramos del chisme: se había ido con «Los Pinchos». Yo, realmente, seguía sin dimensionar del todo qué significaba el concepto de internacional. Apenas sabía que tenían mucho dinero y que el que se iba con ellos volvía al tiempo con las relucas. Muchos, hasta el día anterior a viajar habían trabajado como zapateros en el barrio. Por eso no entendía bien a qué viajaban. Otro man muy huevón era el vendedor de chances del barrio. Vivía al día. Tenía unos 35 años cuando se fue con ellos. Regresó a los seis meses y se compró la mejor tienda de Las Cruces. En un principio, creíamos que se había ganado la propia lotería que vendía. No aparentaba poder hacerse millonario de otra forma. Hasta que nos enteramos: se había ido con «Los Pinchos».

Los internacionales eran muy respetados en el barrio. Vivían en un mundo importado: usaban zapatillas Converse, Puma y Nike. Mientras, yo tenía botas para que no se notara que el pantalón me quedaba corto, y mis amigos y el resto del barrio, tenis de lona. Eran un ghetto dentro de otro ghetto. Hasta tenían una manera de ajusticiar. No mataban a plovero, como ocurría mucho en el barrio. Ellos asesinaban a martillazos. Una vez mataron a un vecino que se había metido con la mujer de uno de ellos. Pero los familiares y otras pandillas se agruparon y en venganza fusilaron a uno de los tres. Lo que no veía ni me enteraba por mi cuenta me lo contaba un amiguito de mi edad: el hijo de mi vecina, el que tenía a su papá preso en Alemania. Al tiempo, dejé de verlo. A él y a los dos chinos que me invitaban a mirar el Chavo a su casa. El marido de la vieja que era caje-

ra también fue detenido y comenzaron a vender todas sus cosas. Hasta que no pudieron mantenerse y se mandaron a mudar.

Después me enteré de un man que terminé admirando, porque todos admiraban. Él montaba en skate y hacía figuras en el parque. Tenía una casa muy bonita y vestía muy chimba. Lucía unos pantalones Levi's que nadie podía comprarse. A mí y a mi grupo de amigos nos llevaba algunos años. Era muy popular en Las Cruces. Su caminadita era característica; se movía de una manera diferente. Mi hermana le estaba detrás. Las niñas de mi edificio también. Tenía todo lo que uno quería ser.

Ahí supe todo: era un man que tenía familiares robando por el mundo, y la ropa que usaba y tanto nos gustaba se la enviaban desde el extranjero. A mí me empezó a gustar el rap porque a él le gustaba el rap. Sacaba su grabador a la calle y ponía la música a todo volumen. El rap había llegado al barrio por ellos, que lo habían descubierto mientras vivían en el Bronx.

Los internacionales y sus familias estaban a años luz de mi realidad y la de mis amigos. Yo no tenía posibilidad de tener todo eso, pero me gustaba. Queríamos ser como ellos. Es un modelo que tarde o temprano cualquier pelao en nuestra situación hubiese querido ser. Porque nosotros éramos unos don nadie. Yo era un don nadie. Ni siquiera en el fútbol me destacaba. En Las Cruces, todo pasaba por el status, y ahora sí estoy hablando como antropólogo. Nos enfrentábamos a la crisis de la adolescencia y debíamos adaptar esas formas que considerábamos más populares y que pudieran generarnos status dentro de nuestra gente. Y nosotros no lográbamos nada de lo que ellos generaban, que tenían su status porque lograban cambiar su calidad de vida y obtenían reconocimiento a partir de su actividad ilegal. Muchos de ellos regresaban a Bogotá y lo primero que hacían era comprarle una casa fuera del barrio a la mamá, que vivía arrendando y trabajaba en el servicio de aseo. Además, se traían toda la ropa que nunca se había visto y se aparecían con unas motos recién sacadas de la concesionaria: unas Kawasaki Calimatic, que terminaron siendo las motos características de los internacionales. Los vecinos admiraban ese estilo de vida, y por sobre todas las cosas, deseaban ser como ellos. Y ese deseo se fue convirtiendo en un modelo. Un modelo que se gestó ahí, en la forma de vida de estos personajes, que habían sido reconocidos en el barrio como unos fracasados. Seguramente lo eran, pero después de viajar

y hacer sus vueltas por el mundo, regresaban como héroes. Muchos querían dejar la vida de fracasados. Buscaban elevar su nivel social, tener cosas que nunca podrían conseguir a punta de trabajo. Si me preguntan, no fue un caso aislado en Colombia. Las Cruces terminó siendo una radiografía de la realidad del país.

Es que la historia de Colombia siempre lo ha empujado a uno a inclinarse por las cuestiones ilegales. Fuimos uno de los primeros países en falsificar papel moneda y las cédulas reales en la época de la colonia. El ciudadano aprendió que la ilegalidad es un camino —la seducción que uno tiene por hacer lo ilegal—, que gracias a la permisividad de la sociedad, así no lo vea bien, lo permite. Yo apuesto una cosa: hace poco presentaron aquí la serie de Pablo Escobar. La mitad de la población estaba indignada. Pero la otra alababa a Pablo como un modelo. Es ese sector que sabe que la única posibilidad de vivir mejor es por ese camino.

Si todo ese conocimiento, esa malicia indígena, la hubieran utilizado para actuar dentro del marco de lo legal, Colombia sería una potencia. Yo digo que en lo ilegal, si no lo inventa el colombiano, no existe.

Lo que mueve a los internacionales, más que el dinero, creo, es el poder. Porque el dinero solo te da un poder adquisitivo; la posibilidad de tener. Es lo que les permite transgredir el destino, dar ese giro dramático. También es el vínculo que establecen con la sociedad, que los mide según qué tienen. Así nace el status del que hablo.

Pero, a la vez, el dinero en sí no es nada. ¿Cuál es el sentido de un rico anónimo? Si yo le propongo a alguien «vas a ser millonario pero no puedes decirlo», me responderá que para qué. La plata es para mostrarla. Para contarle a los demás que la tengo. El reconocimiento de sus vecinos, o sea ese poder en sí, es lo que hace que no se vayan del barrio. Que no busquen la mejor casa de la ciudad; buscan la mejor del barrio. Y el fin de esa elección es que todos se enteren que triunfó. Creo que todo termina en el reconocimiento. Es decir, en el poder.

Ese poder será un problema a futuro. La razón por la que la mayoría de los internacionales están fundidos, quebrados. Ellos nunca logran superar su entorno. El entorno se los devora. El personaje, el ego mismo, que se alimenta desde el reconocimiento del otro. Por eso tienen la actitud de entrar a un bar, preguntarles a sus vecinos qué están tomando y pagar sus cuen-

tas. Lo mismo en el cabaret: invitan a todos, pagan las prostitutas para todos. ¿Cuánto te gastas en eso? Pff, un montón.

Es que la pobreza es multidimensional. Y no se limita a la cantidad de dinero que tengas. El internacional, en la gran mayoría de los casos, es pobre de pensamiento. Un pobre estructural. El entorno en el que crecieron hace que todas las dimensiones de sus vidas se vean afectadas por esa pobreza. Resuelven lo económico, sí. Y hacen lo que aprendieron en su entorno social: comprarse el mejor auto, malgastar el dinero; despilfarrar. ¿Uno qué ve en los barrios? A los viejitos jugando al billar. A los obreros gastando el pago semanal entre el sábado y domingo. El sueño de esa gente es pasársela en el billar. Ojalá no tuvieran que trabajar tanto para gastársela solo en un fin de semana. Pero si tuvieran la posibilidad de no trabajar, se la pasarían en el billar. Y si le pudieran evitarle ir a trabajar a sus compañeros, lo harían. Les preguntarían cuánto dinero necesitan para no ir y quedarse a jugar y beber.

La riqueza adquirida de golpe es un paso en falso. Al colombiano le gusta tomar atajos. No hacer el camino que debo hacer. Prefiere lo fácil. El narcotráfico es producto de eso. Aquí prefieren arriesgarlo todo. El proceso, en cambio, te transforma: aprendes a valorar la paciencia y le das valor al dinero. Si trabajas y ahorras durante años, no vas a cerrar el prostíbulo para tus amigos. Ni vas a pagar todas las vueltas de cerveza.

Entonces, la conclusión es que el cambio abrupto de sus realidades económicas solo les permiten a los internacionales superar la dimensión de la pobreza adquisitiva: son pobres con plata, que llegan a su vejez quebrados.

* * *

Era tanto el dinero que se ganaba en el exterior que muchos niños de los barrios comenzaron a ser entrenados desde pequeños. Debían ir a las ferias en las plazas y traerse frutas sin que los verduleros lo notaran. Ese fue uno de los «ejercicios» más conocidos en Bogotá. Porque cuando la profesión comenzó a cambiar vidas, aunque no se crea, generó que los ladrones piensen en el futuro. Que busquen dejarles una herencia a sus hijos y sobrinos, que quieran cambiarles la vida a sus hermanos que seguían trabajando sin pro-

gresos sumándolos a las bandas. Y esa herencia era un arte. Un arte que se aprendía en Bogotá y que se exportaba al mundo. Un arte que podía hacerlos millonarios. Por eso, el que no sabía robar, al menos buscaba aprender a conducir desde pequeño. Las bandas siempre buscaban buenos *ferchos*. Los internacionales habían cambiado el concepto de vida y los sueños de querer ser algo cuando uno fuera grande, y que ese «algo» fuera rentable.

Hasta ese momento, delinquir en Colombia resultaba mucho menos fructífero. Los que cometían asesinatos por encargo eran llamados «pájaros» —aún no se los reconocía como sicarios— y habían comenzado su carrera cometiendo crímenes políticos, entre liberales y conservadores. Con la llegada del negocio del contrabando, entre las décadas de 1960 y 1970, pasaron a trabajar de cobradores. O de custodios de los grandes contrabandistas, que ingresaban al país café, licores, whiskies y cigarrillos que luego se vendían en los principales centros comerciales. A comienzos de los '70, mientras Pablo Escobar se dedicaba al contrabando, los internacionales volvían del extranjero con fortunas. Desde cualquier rincón del mundo, ellos siempre averiguaban quién era mejor en cada especialidad del robo y los convocaban enviándoles pasajes. En cada regreso, era común que los internacionales le compraran las joyas robadas a los nacionales, para revenderlas en el próximo viaje.

En esos años, en algunos barrios de Bogotá, los recién regresados se sentaban en un bar y atraían a decenas de vecinos que querían escuchar sus historias. Les preguntaban de todo: cómo era robar en los Estados Unidos, si podían llevar gente, dónde compraban la ropa, cómo eran las leyes, qué comían, dónde vivían. Era una especie de conferencia de prensa. Los internacionales, claro, pagaban la consumición. Los barrios vivían pendientes de cuándo regresarían y de qué hacer para que los llevaran con ellos.

Pero no todas eran buenas. Para los años '80, en los barrios bajos, algunos ladrones nacionales no toleraban los excesos de los internacionales. Y comenzaron a asaltarlos. En el barrio Atenas, por ejemplo, al sur de Bogotá, los delincuentes locales ocuparon

algunas de las casas de los internacionales después de echar a sus familias. También los investigaban: averiguaban dónde vivían sus parientes y los asaltaban, creyendo que deberían guardar allí el botín de los viajes. Los barrios estaban más tranquilos cuando los internacionales estaban de viaje, porque también se peleaban entre ellos. Pero los problemas se tomaban un *impasse* en el exterior, y se arreglaban en Bogotá.

Los internacionales fueron creando hábitos: los que se retiraban o estaban de paso por Colombia salían de farra los miércoles. Hasta hoy se sigue celebrando «La noche de los internacionales». Las discotecas en las que se reúnen van variando, según las épocas. También bautizaron a una cuadra de La Candelaria, la zona más turística de la ciudad, como «la calle de los internacionales». Los bares de la cuadra son el lugar de encuentro de *manes* que quieren recordar sus vueltas, o planear otras. En esos 200 metros se consiguen todos los papeles necesarios para viajar.

Pero además de esa documentación apócrifa, los ladrones cumplen con sus rituales personales. Hay quienes se atan un rosario en el tobillo durante los robos. Otros se tatúan el crucifijo en el cuello. Cuando ven un coche fúnebre, leen el nombre del muerto, sacan un billete, le hacen un nudo, le rezan para que les envíe dinero y lo guardan en la billetera hasta el primer buen robo. Otra costumbre es ir a una misa antes de cada viaje y encomendarse a las almas, pedirles a ellas para hacer platita en el próximo destino. Lo mismo en el cerro de Monserrate o en el cementerio: allí, el primer y último lunes de cada mes se los puede ver pidiendo o agradeciendo. Antes y después del viaje.

También hay promesas. Las promesas siempre se cumplen en Bogotá. Hay leyendas que consisten en comprar una flor por cada tumba de un cementerio, en cementerios que tienen hasta tres mil tumbas. O comprar cien bolsones de comida por 50 mil pesos colombianos cada uno (alrededor de 15 dólares) y repartirlas en un barrio humilde. O donar ropa en la iglesia del barrio. Los más austeros suelen prometer visitas a los nueve cementerios que tiene Bogotá y rezar toda una tarde.

Esas primeras generaciones de internacionales fueron bautizadas como «La Vieja escuela» o «la Vieja Guardia». Ellos hicieron esos primeros contactos que luego aprovecharían las camadas sucesivas. Algunos de esos contactos fueron con joyeros dispuestos a tomarse un avión y viajar con una balanza y dólares para pagar en efectivo los botines robados. También encontraron *manes* dispuestos a vender pasaportes falsos, licencias de conducir falsas, documentos falsos. Contactaron agencias que les alquilaban autos para utilizar en los robos y hoteleros dispuestos a *justificar* su alojamiento durante la estadía, para presentar ante las autoridades de Migraciones. Esa «Vieja Guardia» fue armando las primeras ollas de colombianos en cada ciudad del mundo. Con el tiempo, a cada ciudad se le fue asignando una característica delictiva y un botín que la caracterizaba. Robaban en Suiza por los relojes; en Brasil, por sus nuevos millonarios; en Bolivia lo hacían en Cochabamba, por las casas de los grandes narcotraficantes del país, al igual que en México DF. Si querían obras de arte y esculturas iban a Italia, y por los diamantes, a Japón o Malasia. En los hoteles cinco estrellas de Europa la meta era robar en las habitaciones de los jeques árabes. En los Estados Unidos, la plata estaba en los maletines de joyeros. Buenos Aires tenía una característica que lo hacía irresistible: como la gente no confiaba en los bancos, guardaba sus ahorros en sus casas.

A mediados de los '80, los grupos de rap que se formaban en los barrios bajos escribían sus canciones con las historias que escuchaban en cada regreso. La Etnnia, una agrupación de Las Cruces que recorrió Europa, decía en su canción «La vida en el ghetto» que «...su sueño era Tokio, Nueva York o París/ lo importante era salirse del país...».

* * *

Hay pelaítos que se criaron con la imagen de los internacionales regresando de sus vueltas con las maletas repletas de dólares y cadenas de oro y dijes de Jesucristo colgados. La cultura de los internacionales le da identidad a Las Cruces y a muchos barrios de Bogotá. El barrio ha adquirido enti-

dad con eso. Es la misma estructura delincuencia de una mafia montada en Colombia. La diferencia es que el internacional se proyecta hacia afuera, pero todos los réditos se gastan aquí. Al Capone era local. El Cártel de Medellín, también. Como la mafia siciliana o la rusa, produjo muertes de inocentes. La de los internacionales es la única que actúa en el exterior y no perjudica a sus vecinos.

Yo no sé si en Medellín, en Cali o en el resto de Colombia hay una cultura del robo internacional como en Bogotá. Creo que ni en el mundo. Pero mientras los jóvenes de Bogotá tenían la opción de salir del país a robar, los de Medellín y Cali podían quedarse como lugartenientes de los narco-trafficantes; hacerse sicarios o cobradores de ellos. Eso es lo que aprendieron. Entonces, en Colombia los sicarios duros son de Medellín y Cali, y los ladrones duros, de Bogotá.

Los internacionales no tienen relación con el narcotráfico, aunque el modo de vida es el mismo. Los narcos son manes que no tienen escrúpulos en mostrar sus cadenas de oro, los Cristos de esmeraldas y todo ese cuento. Ellos se consiguen una vieja y le mandan a ponerse las tetas y se compran los carros que nadie tiene en Colombia. S bien el internacional hace lo mismo, la diferencia está en que no se le pueden comprobar sus delitos porque los comete en el exterior. Pero en realidad hay más: al internacional no le interesa codearse con las clases altas, las modelos o el alcalde; al narco, sí. El ladrón nunca se vincula a la Policía, como lo hacen muchos narcos para comercializar. Tal vez por eso se apoyan entre sí —especialmente cuando se encuentran en el extranjero— y son reconocidos por su solidaridad entre sus vecinos.

Ese es el modelo. Y tarde o temprano, en un barrio así, tienes que demostrar. Les vive pasando a las generaciones anteriores de internacionales. Ellos, ya retirados del delito, compran flotas de taxis o buses, arriendan casas, montan tiendas en San Andresito (la zona comercial más antigua de Bogotá). Pero en un barrio de malandras no te alcanzan a respetar si vives de cuestiones legales. Entonces envían gente al exterior; les brindan sus contactos en el mundo y son sus «ahijados», que cuando roban lo primero que hacen es enviarles regalos y propinas. Y así mantienen su modo de vida. Porque volvemos otra vez a lo mismo: el dinero te puede dar estabilidad, pero el status es lo que te da respeto. Y en un barrio como Las Cru-

ces, si eres un don nadie, pueden darte una puñalada en la esquina. Ahora, si eres un internacional, nadie se mete contigo.

* * *

El día que nos íbamos a conocer, en una cárcel de Buenos Aires, Fausto me llamó preocupado. Lo estaba mucho más que yo, que seguía rodeado de desconocidos, sin saber qué hacer. Habían pasado treinta minutos de la hora acordada y yo aún permanecía del lado de afuera, pensando si debía insistir o pegar la vuelta y regresar a mi casa. Fausto, en cambio, esperaba ansioso el permiso de uno de los guardias para salir al patio de visitas. La mayoría de sus compañeros ya lo habían hecho, y solo quedaban él y los que no esperaban a nadie. Hacía más de un año que Fausto no recibía visitas. Y yo, más de un año que buscaba entrevistar a personas como Fausto.

—Aló, *parce*, ¿cómo fue?, ¿qué pasó que aún no lo tengo por aquí?

Fausto me decía «*parce*», aunque el colombiano era él.

Ahí nomás le expliqué la situación: que llevaba dos horas cargado con bolsas de mercadería en la puerta y que menos mal que había llamado: ya me veía subiendo otra vez a la «Trafic tumbera», una camioneta que une Liniers y la cárcel por el precio de dos bajadas de bandera de taxi. Le conté que un morocho, de más de un metro noventa, del otro lado de una ventanilla, me decía que sin la tarjeta de visita no podía ingresar. Yo solo tenía DNI y el guardia me pedía certificado de antecedentes penales y su copia, certificado de domicilio y su copia, y dos fotografías 4x4, sin copia. Con todo eso harían la tarjeta de visita.

—Usted despreocúpese. Solo deme cinco minuticos —dijo Fausto y cortó.

Mientras me hablaba, veía a otras personas que se acercaban igual de cargadas a esa ventanilla. El morocho también les decía que no, que no podían. Algunos se animaban a contestarle, y hasta lo insultaban. Yo miraba, mientras escuchaba leyendas de familiares que habían llegado a golpear a los guardias por no permitirles el ingreso y la de un chino que había bajado a patadas voladoras

a dos penitenciarios. Eran cinco o seis filas de familiares, que sumarian unas cincuenta personas en total. La mayoría se conocía y charlaba amablemente. Se notaba que llevaban años de verse cada sábado a la mañana en la misma fila. Leían diarios deportivos o populares, compartían cigarrillos y facturas y ponían mala cara cuando se les acercaban los evangelistas con sus biblias, preguntando nombres de sus familiares para más tarde orar por ellos. Eran más mujeres que hombres; y entre ellas, más madres. Ni entre las esposas, hermanas, amigas o hijas sumaban la mitad de las mamás. Se conocían casi todos menos los de la fila que estaba más cercana a la cantina, la de la ventanilla con el cartel que decía: «Visitas por primera vez».

El nuevo director del Servicio Penitenciario Federal había cambiado el reglamento, y a quienes ingresaban por primera vez ya no les alcanzaba con el documento: debían cumplir otros trámites. Por eso había tantos rechazos, como el mío. Nadie había avisado nada. Para entrar, uno debía presentarse durante la semana y solicitar una tarjeta de visitas. Eso era lo que explicaba el grandote.

Y Fausto volvió a llamarme. Escuché sus recomendaciones y con poca confianza me mandé hacia la ventanilla.

—Hola, disculpemé... —dije, mientras el grandote seguía con la vista puesta en unos papeles—. Mire, hablé con el interno que vengo a visitar; me acaba de llamar por teléfono. Me dijo que solo por esta vez había arreglado con el director de la división y el jefe de la dependencia para...

El grandote dejó de mirar los papeles, levantó su mirada; me miró y me interrumpió, tal vez aburrido de lo lento que era para explicar la situación.

—¿A quién venís a ver?

Con el tono, sus gestos y la mirada, me hizo entender que eso era lo importante, lo único que podía hacer que entrara.

Respondí, esta vez sin dudas. Seguro, como cuando él hablaba del otro lado de la reja.

—Ah, sí, ya está todo hablado. Te espero del lado de adentro. Acercate hasta la puerta —me dijo, y me hizo señas.

Me agaché para volver a cargar las bolsas de mercadería, esquivé a las otras personas que estaban por lo mismo y pasé la primera puerta. La había abierto el morocho, que se mostraba atento como ningún otro penitenciario. Del lado de adentro tuve que hacer una fila para que requisaran los alimentos, gaseosas, cigarrillos y productos de aseo. El paso siguiente fue pasar por un escáner que detectaría si había ingerido drogas. La última, para dejar mis pertenencias: reloj, llaves, billetera, dinero. Después me desnudé ante un guardia en un cuarto de dos por dos, de paredes celestes y poca luz. Primero de frente, después tuve que darme vuelta. Salí y me tomaron las huellas dactilares. Se quedaron con mi documento y me hicieron firmar un papel que no me dejaron leer. Terminé en una sala en la que debíamos esperar al micro que nos llevaría a cada uno de los seis módulos que tenía el penal. Éramos más de treinta en ese sector. Ahí, pensé en el tipo de persona que estaba entrando a ver. Me había tenido que volver varias veces de la cárcel sin poder entrar, y Fausto había logrado lo que ningún preso: que un penitenciario me dejara pasar a los cinco minutos de haberme dicho que no. Y volví a preguntarme, también, como en cada situación como esta, qué motivaba a que una persona así estuviera dispuesta a recibirme, a responder mis preguntas por sus vueltas por el mundo.

* * *

Habían pasado tres o cuatro semanas de la primera vez que habíamos hablamos por teléfono. Una fuente, o un amigo, o las dos cosas juntas, me había llamado una noche a casa con la noticia: un colombiano acababa de ingresar a su pabellón. Un colombiano de los que él sabía que me interesaban, que decía haber robado en Malasia, en los Estados Unidos, en varios países de Europa y en todo Sudamérica. Me dijo que había preguntado en otros sectores del penal si era cierto todo lo que decía y le respondieron que sí: que era respetado, que había peleado y que todos los ladrones argentinos lo invitaban a estar con ellos por su fama de pesado.

Me contó lo más importante: que ese colombiano estaba dispuesto a recibirme. Pero había que ingresar como cualquier familiar. Todo lo que podría decirme dependería de mi memoria. No podía entrar con un grabador y no podía, tampoco, en la primera visita, pedirle a Fausto que saliera con un lápiz y un papel. Mi amigo se lo había propuesto después de una merienda en el sector de las celdas individuales de la planta superior, mientras fumaban y hablaban de robos.

La visita fue un sábado de agosto de 2013 a las 9 de la mañana, pero por las demoras, ingresé dos horas después. Duraría hasta las 14. Antes de la última puerta, un guardia nos pidió el papel que llevaba cada uno. Allí decía el nombre del interno al que visitábamos. Juntó los de todos, abrió una puerta y se fue hacia otra. Lo acompañamos hasta la primera y nos detuvimos. Era el patio de visitas. Por la segunda, la que solo él había cruzado, se salía hasta el pabellón. Iría a buscar a los internos que veníamos a ver.

En el patio ya había presos con sus familiares: uno de nuca rapada jugaba a las escondidas con su hijo de no más de cuatro años. Otro pelado, cuarentón, andaba a los besos con lengua con una gorda en la mesa del fondo, contra la pared. Un mantel los tapaba del ombligo para abajo, hacia donde iban sus manos. Otro jovencito de conjunto deportivo de la selección de Holanda tenía cara triste. Igual o más triste que la cara que tenía el señor que parecía ser su papá, y que cortaba el fiambre para hacer sándwiches. Otra parejita caminaba de la mano. Hacían quince metros y debían doblar. Así daban vueltas. Todas las mesas y sillas eran de plástico, y algunas tenían escritas con témpera la palabra «vicita». Había un solo baño y un sector al aire libre con juegos para chicos, de los que hay en cualquier plaza. En las paredes, se veían réplicas de los dibujitos de la televisión: Tom y Jerry, Garfield, el Hombre Araña, Hulk. Completaba el cuadro un televisor plasma de 22 pulgadas sintonizado en un canal de música, a volumen bajo.

Elegí una de las pocas mesas que quedaban libres. Estaba contra la pared, a la altura de una ventana de unos 30 centímetros por 30, y comencé a apoyar algunas de las cosas que había traído. Hasta

que sonó el ruido de una puerta que se abría y me di vuelta. Todas las visitas que habían llegado conmigo prestaban atención. Todos se acercaban, como si mirando de más cerca pudieran ver mejor. Aparecía un preso y sus familiares se acercaban más y le daban un abrazo. Y así con todos; esperaban atentos y ansiosos como ocurre en un aeropuerto, en la zona de arribos.

Yo sabía, como cada vez que conozco a un ladrón o narcotraficante, que la primera charla sería una partida de ajedrez. Debía pensar mucho qué responder, qué decir, qué imagen dar.

Reconocer a Fausto fue fácil. Fue de los últimos en salir. Llevaba una chomba piqué marca Polo, blanca y azul a rayas, adentro del pantalón, que era marrón clarito, de vestir. En las muñecas, además del reloj, tenía una pulsera con los colores de su país. Estaba bien afeitado y parecía que se había tomado su tiempo para peinarse con gel. Salió con una bolsa, de esas multicolores y con manija que usan las abuelas para hacer las compras, y comenzó a mirar hacia todos lados. Levanté mi mano y me hizo señas como que sí, que era él. Nos saludamos con la mano. Fue el saludo más frío de todo el patio. Me preguntaba qué pensarían los que nos estaban viendo. Si notarían que nuestro encuentro no era como el resto de las visitas.

Con el tiempo me contaría que esa mañana salió a visitas solo porque no tenía nada que hacer. Y que la opción de no recibirme era estar en el mismo pabellón de siempre, con la misma gente de siempre. Prefirió atenderme porque, antes que eso, cualquier propuesta le resultaba más interesante.

Fueron menos de tres horas tomando mate de un equipo que le habían prestado. Cada tanto, Fausto encendía alguno de los Marlboro que llevé. Fue una charla rara, como suelen ser esas primeras charlas entre dos personas que recién se conocen. Lo que más recuerdo fue una de sus preguntas.

—¿Y usted con qué colombiano habló antes?

Creo que si la hubiese pensado, la respuesta no me habría salido tan bien. Tan bien para lo que es el mundo de Fausto y sus códigos.

—*Socio*, no quiero que lo tome a mal. Pero si le cuento con quién hablé, le voy a estar dando el indicio de que el día de mañana, si me preguntan lo mismo, voy a nombrarlo, y sus colegas se enterarán que usted me contó sus vueltas. Así que prefiero no responderle. Porque esos *socios* confiaron en mí como usted lo está haciendo ahora. Y a ellos les debo el mismo respeto que le debo a usted desde hoy.

En ese momento no me di cuenta. Pero mientras pasaban las visitas y hablábamos cada vez más de lo que me interesaba hablar, cuando me detuve a pensar y a recordar esa conversación de nuestro primer encuentro, sentí que con esa respuesta me había ganado su confianza. Él me lo remarcó después. Que eso lo convenció. Y que iba a ayudarme porque había notado, había sentido, se había convencido, de que mi pasión por escribir este tipo de historias era la misma que la suya por hacer su trabajo. Porque antes de ser detenido en la Argentina llevaba tres años robando sin necesidad de hacerlo. Tenía departamentos, autos, comercios y ahorros para vivir tranquilo. Pero jamás dejaría de robar. Ni cuando saliera en libertad. Formaba parte de su estilo de vida, y él encontraba similitudes con lo que yo sentía por mi profesión. Por eso decía ponerse en mi lugar, y estar dispuesto a ayudarme.

Después de ese sábado hablamos pocas veces por teléfono. Generalmente, cuando quien me lo presentó llamaba a casa y me pasaba con él. Nos vimos cinco o seis mañanas más en la misma cárcel, siempre sábado de por medio, porque dos sábados al mes tenía que trabajar. Para enero de 2014 lo trasladaron a una prisión del interior del país.

Ahí comenzamos a hablar más. Algunas mañanas me llamaba y ponía mi teléfono al lado de la computadora, por pedido de él. Entraba a Youtube y buscaba sus canciones favoritas de salsa: las de El Gran Combo de Puerto Rico, de Andy Montañez, de Tito Nieves, de Héctor Lavoe. Fausto me decía que escuchar esas canciones «lo sacaba a la calle». Que le traían recuerdos de sus farras por el mundo, cuando estaban *ganados* y salían a discotecas con los bolsillos repletos.

Pasaron los meses y cada vez teníamos más confianza: me contó que toda su familia rezaba por mí, sin saber mi nombre, solo como «el amigo de Fausto que lo visita en la prisión», y que su mujer estaba celosa. Le había contado por teléfono que «un amigo» lo estaba visitando y ayudando con las cosas de aseo, ropa y alimentos, y ella le dijo que los ladrones no tenían amigos, y que creía que le estaba mintiendo, que la visita debía ser una mujer. Fausto me aclaró que no quería contarle por teléfono la verdad. Porque seguramente sus llamadas eran escuchadas y grabadas, y prefería tener enojada a su mujer. Para aliviar las tensiones matrimoniales, hasta me encargó conseguirle una mascota a su esposa, que amaba a los perros, como regalo de aniversario de bodas. Yo le llevaba cosas y a veces me traía otras, como un cuadro que pintó con otro preso y hoy está en una de las paredes del living de mi casa.

Llegó a pedirme 200 pesos en tarjetas telefónicas que —tiempo después, cuando me hablaba de su abstinencia— supe que le sirvieron para cambiárselas por algo a un narcotraficante peruano. Me propuso invertir dinero en alguno de sus negocios, pero desistí; y se entusiasmó con la idea de filmar una película o una serie acerca de las cosas que me contaba. Decía que quería que sus robos por el mundo llegaran a la pantalla, pero sin que nadie se enterara de que era él. Yo también podía llamarlo, y cuando no lo hacía por cuatro o cinco días me preguntaba qué me andaba pasando que estaba tan desaparecido.

Los días previos a cada visita le preguntaba qué prefería que le llevara. Su respuesta era automática: «Nada, yo no necesito nada. Lo que a usted le salga traerme de corazón yo lo aceptaré».

Y siempre que veía las bolsas con mercadería, en el patio de visitas, me aclaraba: «Mire que le estoy aceptando cosas que no preciso. Espero que cuando nos veamos en Bogotá acepte mis regalos, por más que no los necesite».

Fausto me hablaba de encontrarnos en su ciudad natal: por ser extranjero, había aceptado reducir la condena con la condición de irse expulsado del país y no volver por quince años.

Las charlas siempre eran de lo mismo: de todo lo que íbamos a hablar en Colombia. Porque esa era otra de las cosas que me dijo que le gustó. Que yo no era un desesperado por preguntar. Que nos conocíamos hacía más de un año y aún no le había preguntado qué delito lo había llevado a la cárcel. Yo escuchaba. No hacía falta preguntar. Y durante todas esas mañanas que lo visité, lo escuché contar de crímenes en los que participó y de venganzas que pensaba cumplir, de cómo lo deportaron de un país asiático, de cómo la pasó durante ese mes en Ibiza festejando su mejor robo. Escuché sus proyectos en una cárcel a la que llegaba en un avión, o después de incontables horas de micro: de viajar a robar a Letonia, de instalarse en una casa de Río de Janeiro, de regresar a la Argentina para hacer un trabajo por encargo para cobrarle a narcotraficantes deudores, solo para hacerse una buena cantidad de dólares sin riesgos de ser detenido otra vez. Después de eso fantaseaba con volver a los robos. También me consultaba por inversiones en la Argentina: si convenía poner un restaurante o comprar una licencia de taxi y un auto y ponerlo en alquiler. Cada vez que salía de una visita me llamaba a la hora, para saber si había llegado bien a mi casa. Si había problemas en la cárcel y creía que el día de visitas podía haber más peleas, me advertía que era mejor que no fuera, por mi seguridad, para no tener que presenciar un mal momento. Prefería esperar una semana más para nuestro encuentro. Cuando le conté que me estaba costando cobrarle una deuda a alguien, se ofreció para llamar al deudor y solucionarme el problema. Siempre me decía lo mismo: «si a usted o a su familia lo molestan, yo puedo ocuparme de que dejen de hacerlo. Déjeme pagarle con algo lo que está haciendo por mí». Era amable y agradecido pero también sabía ser cortante. Una mañana, por teléfono, me aclaró: «No me diga más *socio*. Dígame *parcero*», dejándome en claro que *socio* solo podían llamarse entre los que habitaban el mundo del delito.

Fue terminante también en una visita en la que salió el tema de su nombre. Me contó que se había movido por todo el mundo con pasaportes y documentación falsa y que yo era de las poquísi-

mas personas que sabían su verdadero nombre. Que muchos sabían su apodo pero no su identidad. Me lo dijo con su mirada concentrada en la mía.

Un retraso en trámites procesales prolongó su estadía en la cárcel y nos dejaron sin la posibilidad de encontrarnos en el Mundial de Brasil. Porque Fausto me hacía invitaciones a cada rato: a países donde debía ir a buscar dinero cuando saliera en libertad y a las islas de San Andrés, Santa Marta y Cartagena. Cuando le conté que quería viajar a Marruecos a ver el Mundial de clubes, me dijo «pues para diciembre vamos a estar *ganados*. Yo lo invito». Pero a medida que pasaban los meses y seguía preso, escuchaba sus lamentos. Que una banda no había podido esperarlo más y debió buscarle reemplazante para un viaje a Rusia. Que otro grupo lo había invitado a robar en una convención de joyeros en Bruselas creyendo que estaría libre para la semana del evento. Siempre renegaba por lo mismo: los negocios que se perdía por continuar en prisión después de la fecha que se creía libre. Como en la última etapa de la condena había comenzado a trabajar, me autorizó como apoderado para cobrar el fondo de reserva que le debía el Servicio Penitenciario Federal.

—Es suyo. Por todo lo que gastó en venir a verme durante todo este tiempo.

Le dije que me parecía mucho, ya que eran más de 1.500 dólares. Nos pusimos de acuerdo: acordamos que los llevaría a Bogotá y los gastaríamos en diversión.

En algún momento temí que al regresar a Bogotá pudiera desaparecer y olvidar la promesa de hablar. Pero en la última visita, mientras caminábamos a la par, diez metros para un lado, y diez metros para el otro, chocando contra cada pared, y con otra, y con otra, así como diez veces, me dijo:

—Es que usted tiene que entender que para mí ya no es solo el *man* que va a escribir sobre mis vueltas por el mundo. Usted es un amigo. O más que eso: usted es mi angelito. A usted me lo mandó Diosito. Fue mi protección. Porque por más dinero que yo tuviera en mi país, nadie podía hacerme llegar cosas a la prisión. Cuando

caí detenido había muchos colombianos robando en el país que se ocuparon de mí. Con el tiempo ellos fueron viajando y no me quedó nadie. Ahí apareció usted. Por usted entendí que no hace falta el dinero. Yo no tuve plata en estos años y en cambio lo tuve a usted, que me trajo todas las cositas que necesité.

Ahí, en ese patio de visitas al aire libre de una tarde gris, después de comer entraña al horno con papas fritas y fumar unos cigarrillos mentolados de postre, me convencí de que la historia era un hecho. Que solo restaba que le dieran su libertad.